

El mundo es uno

POR: **NICOLÁS URIBE STANKO.**

ECONOMISTA
MC GILL UNIVERSITY.
MAGISTER EN CIENCIAS SOCIALES
DE LAVAL UNIVESITÉ, CANADA.

MIEMBRO JUNTA DIRECTIVA.
PAZANIMAL ONG,

FOTOGRAFÍA DE MARTÍN RICO
ESTUDIANTE DE III SEMESTRE DE
ARTES PLÁSTICAS DEL INSTITUTO
DEPARTAMENTAL DE BELLAS ARTES

Fue el humorista gringo Mark Twain quien dijo: "todo el mundo habla acerca del tiempo, pero nadie hace nada al respecto". Parece que lo mismo podría decirse hoy del medio ambiente, pues se habla del recalentamiento global, del efecto invernadero, de la deforestación, de la desertificación... ¿más qué hacemos al respecto?

Las cifras son desalentadoras. Los Estados Unidos, con apenas el cinco por ciento de la población mundial, produce la tercera parte de su CO₂. La China contamina igual, pero con una población equivalente al veinte por ciento. Es decir, en promedio el gringo contamina cuatro veces más que el chino. No ha de sorprendernos, por lo tanto, que la China se haya mostrado reacia a toda intimación por reducir sus emisiones de CO₂. Si los Estados Unidos quemó carburantes sin medida alguna durante su período de industrialización, ¿por qué no han de hacer lo mismo las demás naciones, ahora que les ha tocado el turno?





Hoy en día todo el mundo parece ambientalista. Algunos abogan por rescatar los arrecifes o los bosques tropicales, otros advierten del peligro que corren el delfín, la ballena, el orangután y el tigre siberiano.

Empero, la salvación del planeta no se logrará sólo por medio de iniciativas a nivel internacional, sino también por medio de las acciones de sus millares de habitantes individuales. Y entre tales acciones figuran medidas tan prosaicas como el ahorro del agua, de la energía eléctrica y de la gasolina. De hecho, los nuevos tubos fluorescentes producen la misma iluminación con diez vatios que los antiguos bombillos hacían con cincuenta. Y según entiendo, los sanitarios más modernos consumen apenas cinco litros de agua al soltarse, frente a los diez litros que requieren los de diseño tradicional.

Cuando me preguntan qué medidas estoy tomando para ayudar a salvar a nuestro planeta, mi respuesta es sencilla: dejé de comer carne. Y entonces me replican: "¿Cómo así? ¿Qué tiene que ver el consumo de carne con la protección

ecológica?" La verdad es que tiene mucho que ver. En primer lugar, producir un kilogramo de carne de res exige el exorbitante insumo de 3.682 litros de agua potable (Cifra suministrada por la propia industria cárnica de los Estados Unidos). No obstante los ambientalistas presentan cifras muy superiores. He preferido valerme de la cantidad más conservadora, con el fin de sustentar mi argumento sin incurrir en posibles exageraciones.

¿Por qué tanta agua por kilo de carne? Porque la res que contribuyó ese kilo fue un animal bastante sediento. Pero más importante aún, (y especialmente en el caso de reses engordadas con concentrado), el cultivo de su alimento también consumió mucha agua. Además, cuando la res fue sacrificada, se fueron otros muchísimos litros por el sifón al lavar los cortes y separarlos

de las vísceras. Ya que el consumo diario de agua potable por persona (en Estados Unidos) es de 250 litros, esto significa que cada vez que dejo de consumir un kilo de carne, ahorro el equivalente de... ¡dos semanas de agua!

Ante lo cual, los escépticos exclaman, "¡Ah! Pero el agua que supuestamente he dejado de consumir no está en el acueducto municipal, sino en alguna región rural, o posiblemente en otro país". ¿De veras? ¿Acaso el mundo no es uno solo? Por tanto, haya abundancia o escasez de determinado recurso a nivel regional, tengamos por seguro que el monto global es invariable. Un kilo de carbón quemado en la China produce la misma contaminación que



Juliana Casas, VII semestre de Diseño Gráfico

... según entiendo, los sanitarios más modernos consumen apenas cinco litros de agua al soltarse, frente a los diez litros que requieren los de diseño tradicional.

un kilo de carbón quemado en Chile. Y tarde o temprano, un litro de agua desperdiciada en Nueva York es igual de perjudicial para el medio ambiente que un litro desperdiciado en Nueva Zelanda. ¿Acaso los vientos saben por cuáles países soplan? ¿Entienden las lluvias de divisiones políticas? ¿Se detienen las corrientes marítimas en los puestos de aduana e inmigración?

Este punto de vista fue proclamado hace ciento cincuenta años por Baha'u'llah, fundador de la Fe Baha'í, la más reciente de las religiones mundiales. "La tierra es un solo país, y la humanidad sus ciudadanos".

Aunque algunos dirán que las concentraciones locales de recursos han de permitir el consumo más o menos intenso de éstos, según su disponibilidad, sostengo que tal argumento es demasiado provinciano para el mundo de la actualidad. Es además un punto de vista que deberemos abandonar a la mayor brevedad si pretendemos salvar este pobre planeta, objeto del pillaje de la humanidad desde los mismos comienzos de la historia.

II

Hoy en día todo el mundo parece ambientalista. Algunos abogan por rescatar los arrecifes o los bosques tropicales, otros advierten del peligro que corren el delfín, la ballena, el orangután y el tigre siberiano. Todas especies, según ellos, en vías de extinción. Y sin estas especies, habremos perdido una parte valiosa de nuestro patrimonio ecológico.

Es plausible que todas aquellas especies exóticas cuenten con sus respectivos defensores en el movimiento ambientalista, para abanderar su causa. Sin embargo es una lástima que otras especies más mundanas no los tengan también. Por ejemplo, las especies *gallus domesticus*, sus scrofa y bos taurus (conocidas más comúnmente como gallina, cerdo y vaca). Ahora bien, tales especies obviamente no corren ningún peligro en absoluto, en cuanto a su supervivencia. Por el contrario, las criamos por millares para satisfacer nuestro voraz apetito por carne, huevos y lácteos. Pero, ¿qué tiene eso de malo?

Precisamente porque son tan comunes y corrientes, son pocos los ambientalistas que se preocupan por su bienestar. Y como la mayoría de la población ya es citadina, poco sabemos de los lúgubres procesos que convierten una res en hamburguesa, un cerdo en tocino y una gallina en pollo frito. Ni tampoco podemos esperar que los proveedores de tales alimentos nos inviten a tomar un tour por sus criaderos, lotes de engorde y mataderos. Ojos que no ven, corazón que no siente.

Comienzan a aparecer sin embargo consumidores que sí cuestionan la procedencia de los productos que compran. Si sus bluyines o sus zapatos tenis fueron armados por menores

de edad, así fuera en un país lejano, hoy en día el fabricante corre el riesgo de un boicoteo. Si tales consumidores se dan cuenta que sus frutas o verduras fueron cosechadas por obreros explotados, buscarán productos cuya elaboración no haya perjudicado a quienes labraron la tierra. Y ya, en algunas partes, se ofrece como opción pollos criados en finca, porque supuestamente tuvieron una existencia más decente que la de sus congéneres, criados en verdaderas fábricas avícolas.

Aunque tal nivel de preocupación por nuestro prójimo (sea éste ave o persona), es un buen paso hacia delante, es aún mucho lo que falta por hacer. Porque a pesar del advenimiento de empresas avícolas que ofrecen pollos criados bajo condiciones más humanitarias, el número de animales criados y sacrificados de la manera tradicional está en auge. Por un lado esto se debe al crecimiento demográfico, pero por otro a un mayor consumo de carne per capita. (El cual supera las 200 libras anuales en los países industrializados.) Tal nivel de consumo cárnico sobrepasa toda recomendación dietética, pues la carne ni siquiera es necesaria para una dieta balanceada. En Estados Unidos, donde se ven los mayores estragos de la sobrealimentación, encontramos que el 62% de la población adulta sufre de sobrepeso y el 27% es calificada como "obesa" (más de 15 kilos de sobrepeso). Por supuesto, entran en juego factores diferentes al excesivo consumo de carne y demás alimentos, como la inactividad, por ejemplo.

Aunque la humanidad consume mucha carne (especialmente en el primer mundo), es capaz de manifestar un sincero cariño hacia aquellos animales que alcanza a conocer en vida. De hecho, en Estados Unidos la industria que atiende mascotas (alimento, servicios veterinarios, etc.) sobrepasa los cuarenta mil millones

de dólares al año - equivalente al diez por ciento del producto interno bruto de Colombia. Cualquiera que haya tenido una mascota sabe que puede llegar a ser un miembro más de la familia, y hasta con privilegios que no tienen algunos humanos.

El buen cuidado de los animales es simplemente un signo de un pueblo moralmente desarrollado. Tal como dijo alguna vez Mohandas Gandhi "La grandeza de una nación y su progreso moral se pueden juzgar por la manera en que trata a sus animales".

Esta es una buena noticia para Lassie y los demás animales que ostentan el título de mascota, pero significa poco para los miles de millones de animales criados como alimento y destinados a la olla del sancocho.

¿Por qué somos tan arbitrarios en el momento de brindar afecto? Si todavía viviéramos en fincas bien podríamos tener un cerdo de mascota en vez de un perro. (No se trata siquiera de inteligencia. Quienes han tenido cerdos de mascota juran por su inteligencia y su afán por congraciarse con los humanos.) Desafortunadamente, la suerte del cerdo criado como alimento es un triste reflejo de nuestra indiferencia hacia aquellas especies que hemos colocado en el menú.

En la India la vaca es sagrada, no obstante en occidente la comemos. Y aunque mostramos algún afecto hacia los perros, en muchos países orientales son una exquisitez. ¿Acaso no existe una norma imparcial para saber cuáles animales son merecedores de nuestro afecto, y cuáles se pueden destinar a la olla?

Los que hemos resuelto volvernos vegetarianos, quisiéramos que todo animal gozara de las prebendas de la mascota de familia. Pero también entendemos que tal meta implicaría cambios radicales y fundamentales en las tradicionales relaciones entre el hombre y el animal. Cambios que por el momento pertenecen a un lejano e inalcanzable futuro.

Entre tanto, sólo podemos esperar que aquellos que continúan consumiendo animales y sus derivados vean la presa en su plato con algo de compasión, y que tal vez consideren alguna alternativa vegetariana - por su propia salud, por el bien de los animales, por la supervivencia de nuestro pobre planeta.

III

El relato de los descubrimientos científicos es el del rol cada vez menor desempeñado por la humanidad en el orden de las cosas. Para el hombre de la antigüedad era obvio que los cuerpos celestiales giraban alrededor de la tierra como su centro e igualmente obvio que él era una creación especial - una en la que los dioses tomaban un interés personal.

Es mucho lo que ha cambiado en los últimos quinientos años. Primero Copérnico nos desplazó del centro de la tarima cósmica, para relegarnos a un trozo de roca que gira alrededor de una estrella como cualquier otra. Luego nos dimos cuenta de que tales estrellas pululaban en nuestra galaxia por millares, y que a su vez había otros millares de galaxias regadas a lo largo y ancho de la Creación.

A pesar de ello, nuestra insignificancia no era sino de orden geográfico. ¿Acaso no seguíamos siendo especiales, por haber sido creados a imagen y semejanza del todopoderoso?

Como sabemos, primero Darwin y luego otros se encargaron de socavar lo que quedaba de

nuestra presunción, al mostrarnos que apenas éramos los hijos naturales de antecesores más primitivos, y que éstos a su vez habían evolucionado de formas de vida aun más rudimentarias. ¿No habría fin a los atropellos cometidos por estos distinguidos doctos de las ciencias naturales?

Es posible que el golpe de gracia nos lo diera Nietzsche, al proclamar: "Dios ha muerto". En otras palabras, ni siquiera éramos simples bastardos, sin padre conocido, sino que nunca tuvimos padre alguno.

En cuanto a mí, prefiero una interpretación más optimista del cuadro que nos pinta el progreso científico. En primer lugar, la grandeza del universo - tal como lo entendemos hoy en día - significa que somos parte (aunque ínfima) de una creación mucho más grandiosa de lo que los antiguos jamás se hubieran podido imaginar. Y con el reciente descubrimiento de los tales planetas "extrasolares", tan sólo podemos especular cuántos son, y cuántos podrían estar poblados por seres muy superiores a nosotros. Mucho más digno de admiración el universo que conocemos en la actualidad, que el universo de Ptolomeo, con su torpe sistema de esferas concéntricas y sus humildes cuerpos celestiales en baja órbita terrestre.

Tampoco me ofende saber que en mi árbol genealógico figuren personajes bien rudos - hir-



Martín Rico, III semestre de Artes Plásticas

EL BUEN CUIDADO DE LOS ANIMALES ES SIMPLEMENTE UN SIGNO DE UN PUEBLO MORALMENTE DESARROLLADO. TAL COMO DIJO ALGUNA VEZ MOHANDAS GANDHI:

"LA GRANDEZA DE UNA NACIÓN Y SU PROGRESO MORAL SE PUEDEN JUZGAR POR LA MANERA EN QUE TRATA A SUS ANIMALES".

sutos primates, vertebrados rudimentarios, animales unicelulares. Por el contrario, más me identifico con ellos, y he desarrollado una especial afinidad por mis parientes más cercanos, los vertebrados, sean éstos del orden aves, reptilia o mammalia. Tal grado de confraternidad difícilmente habría sido posible si estuviera aún apegado a la manera tradicional de ver el mundo. Tal vez me encontraría todavía apreciando a mis cohabitantes terrícolas a través de los ojos de Descartes, para quien los animales eran meros autómatas desalmados que no merecían la menor consideración.

Desde luego, es un hecho incontrovertible que el hombre, por el descomunal desarrollo de su lóbulo frontal, se encuentra en la cima de la evolución orgánica - por lo menos, en cuanto a la capacidad analítica se refiere. Pero esta capacidad, además de acarrearle algunos problemas, también le ha permitido hacer de las suyas con el resto de la Creación. Por sus mismas dotes intelectuales, tiene al mandato moral de ser el acudiente responsable de las demás formas de vida del planeta, en vez del tirano desalmado que comúnmente ha sido.

Lástima que todavía mantengamos una frontera arbitraria entre la humanidad y los demás animales, como si aún viviéramos en una época pretérita, ignorantes de las verdades de Darwin y de la evolución. Una ignorancia conveniente, pues nos permite ocupar el pedestal del cual fuimos desbancados hace mucho tiempo por los avances científicos.

Es también un hecho incontrovertible que el chimpancé normal goza de una capacidad superior a la de un ser humano con retardo cerebral grave. A este último lo tratamos con caridad y compasión. ¿Por qué no brindarle al chimpancé un trato igual de humanitario? Sin embargo aún hoy nos es permitido adquirir uno de estos primates y someterlo a los experimentos más infames en un laboratorio clínico. Sigue infranqueable la línea divisoria hombre - animal.

Pero, ¿es acaso la inteligencia el criterio idóneo para otorgar o negar nuestra compasión? Creo que no debemos preguntar si determinado animal habla, o razona, sino si puede sufrir. No es una pregunta insólita. De hecho, el filósofo inglés Jeremy Bentham la abordó hace más de doscientos años.

También es lamentable que las autoridades eclesiásticas se hayan mostrado tan reacias a reconocer las verdades científicas plenamente comprobadas. (Recordemos que el mismo Galileo fue excomulgado por aseverar los mismos hechos que Copérnico). Mucho mejor, para la supervivencia misma de la religión, sería reconocer que toda vida es sagrada - sea o no del género humano.

Pero esta meta también pertenece a un futuro distante, el cual aún no alcanzamos a vislumbrar. Mientras tanto, tan sólo podemos tratar de atenuar paulatinamente nuestros prejuicios hacia los demás animales, hasta que todos se den cuenta que procedemos del mismo padre, así estemos cubiertos de pelo, piel, plumas o escamas.